

# LIBERALISMO LIBERAL VS. LIBERALISMO ESTATISTA EN LA TRADICIÓN ANGLOSAJONA

Alejandra Martínez Cánchica  
alemarca520@gmail.com

*Resumen.* El presente ensayo se refiere a la tensión en la historia del pensamiento político anglosajón, entre un liberalismo liberal, que ve al Estado como una amenaza que se debe limitar; y un liberalismo estatista que concibe al Estado como un medio para concretar el llamado «Proyecto de la Modernidad Ilustrada». Dicha dialéctica, ha forjado la lucha política desde por lo menos el siglo XVII hasta la actualidad.

Tradicionalmente, en los círculos liberales, se ha distinguido entre las concepciones de liberalismo que enarbolaron las dos grandes revoluciones republicanas del mundo moderno: la estadounidense y la francesa. De acuerdo con esta división, hay un «liberalismo anglosajón», que se concibe como antirracionalista, respetuoso de la tradición evolutiva de las instituciones, de la religión<sup>1</sup> y de la ley natural, consciente de los límites de la razón, con una concepción más realista del estado de naturaleza. Mientras que el «liberalismo de los franceses» o «liberalismo de Rousseau», se plasma como racionalista, secular y laicista, constructivista, por ende, normativista y positivista, con una concepción benigna del estado de naturaleza y una idea radical y violenta del cambio histórico, a las que, por ejemplo, Edmund Burke se opondría con vehemencia en sus *Reflections on the revolution in France*.

---

<sup>1</sup> Esta visión tiene excepciones ya que dentro de la llamada Ilustración Escocesa también hubo exponentes abiertamente ateos como David Hume, que en su *Dialogues concerning natural religion*, razona filosóficamente sobre el abandono de la creencia en Dios.



Más allá de estas abstracciones y divisiones un tanto arbitrarias, que pueden ayudar a explicar ciertos fenómenos sociales pero que en el fondo tienen una visión –a nuestro juicio– idealizada del mundo anglosajón; la realidad es que dentro de la propia tradición liberal anglosajona ha existido una tensión histórica entre una concepción del liberalismo que ve al Estado como una amenaza que debe limitarse y de esa forma garantizar derechos individuales de libertad, igualdad y búsqueda de la felicidad; y otra concepción, que ve al Estado como un medio para alcanzar esos mismos derechos.

## Locke y Hobbes: el Estado como amenaza y el Estado como medio

Los pensadores políticos más relevantes de la tradición anglosajona en la Edad Moderna se caracterizaron por una concepción antropológica pesimista y escéptica del estado de naturaleza, en los que John Locke y Thomas Hobbes eran sus exponentes principales, aunque ambos presenten varios matices que veremos a continuación.

Por una parte, en Locke se encontraría el origen del llamado liberalismo «liberal» que busca limitar el poder arbitrario del Estado y que se origina en su descripción del estado de naturaleza, que –matizando las elaboraciones de Hobbes– presenta elementos como el interés egoísta y la autopreservación individual sobre los demás, cuando afirma que en el estado de naturaleza no están ausentes la amenaza y la ofensa y, por ende, se necesitan ciertas medidas para limitar tales excesos, preservar la propia vida y procurar la convivencia, que solo se consiguen en el establecimiento de la sociedad civil (Mellizo, «Estudio preliminar», 2007, págs. 23-26).

De manera que, para Locke, la sociedad humana depende entonces de la justicia y del cumplimiento de los pactos que se hallan en la ley de la naturaleza y que se buscan y descubren por medio de la razón. El alegato de Locke contra el poder arbitrario del Estado y su advertencia a la amenaza que representa el poder político si no se le sujeta a limitaciones a través de la ley, es cardinal en su obra:

*Those who are united into one body, and have a common established law and judicature to appeal to, with authority to decide controversies between them, and punish offenders, are in*

*civil society one with another: but those who have no such common appeal, I mean on earth, are still in the state of nature (Locke, 1980, p. 32)*

Además de asentar a la ley como la única forma de limitar la arbitrariedad de unos contra otros y el caos del estado de naturaleza, en Locke hay un temor de que el poder político derive en despótico y absoluto, en un poder omnímodo que no acate la ley. Es por este temor que el poder del Estado es visto como una amenaza de la que no podemos prescindir si queremos vivir en paz, pero que debe limitarse a través de leyes que protejan las libertades individuales (vida, libertad y propiedad), estipuladas mediante el consentimiento.

Hobbes<sup>2</sup> también parte de un empirismo donde la naturaleza humana está definida por los poderes y facultades de la razón que debe descubrir las leyes con las que opera, pero en Hobbes, la razón como instrumento para transformar la realidad tiene un papel mucho más predominante. Más que el uso de la razón para descubrir las leyes de la naturaleza, Hobbes busca hallar un método científico para dominarla. Para Hobbes, las relaciones humanas se rigen por la competencia y una especie de «individualismo posesivo», pues cada hombre persigue su bien privado y no el bien común, lo que lleva a un estado de lucha permanente y de sometimiento sobre los otros. De manera que, para permitir la supervivencia, el bienestar propio y la convivencia pacífica, surgen ciertas prescripciones morales que solo una organización política como el Estado puede hacer cumplir.

En ese sentido, para Hobbes, la política es una técnica para organizar el orden social y el Estado es el medio para lograr la protección de la vida y la obediencia. Para Hobbes, la seguridad y la paz son el fin último de la política. En Hobbes, además, está presente una especie de «racionalismo» (aunque no en el sentido cartesiano de Descartes), pero sí en su intento de fundamentar la política como ciencia, a través de un método que debe ser descubierto a través de la razón:

---

<sup>2</sup> En la historia del pensamiento político Thomas Hobbes no es estrictamente un pensador liberal, de hecho algunos lo consideran como un teórico del absolutismo junto a Jean Bodino. Sin embargo, Hobbes parte de razonamientos empiristas y elabora su teoría a partir del contractualismo, ambos sustratos importantes dentro de la tradición liberal anglosajona.

*The skill of making, and maintaining common-wealths, consisteth in certain Rules, as doth Arithmetic and Geometry (...) which Rules, neither poor men have the leisure, nor men that have had the leisure, have hitherto had the curiosity, or the method to find out (Hobbes, p. 100)*

En estas reflexiones sale a relucir la profunda influencia del «empirismo baconiano» en Hobbes (quien en algún momento fue secretario de Francis Bacon) y su pretensión de hacer una especie de «aritmética política», a través de un método moderno, mecanicista y científico (Rothbard, 2006, pp. 405-406) que de alguna forma revelara las leyes de la naturaleza al conocimiento humano.

Así las cosas, como solución al caos del estado de naturaleza, mientras Locke elabora una justificación de la libertad en las leyes, Hobbes plantea una justificación del Estado como instrumento de coacción para mantener el orden social. Mientras Locke ve al Estado como amenaza, Hobbes lo ve como un medio para el logro de la paz y el comercio.

Sobre estas ideas liberales (y plenamente modernas), se construirá una tensión que, a nuestro juicio, configurará el campo de batalla intelectual entre «liberalismo liberal» y «liberalismo estatista» dentro de la propia tradición anglosajona, que incluso hasta hoy en día, pareciera estar de nuevo en el centro del debate político en Estados Unidos e Inglaterra.

## Jefferson y Hamilton: ¿El Estado como protector de libertades individuales o como impulsor del capitalismo industrial?

Por otra parte, poco más de un siglo después, la rivalidad entre los padres fundadores Thomas Jefferson y Alexander Hamilton, además de «forjar una nación», puso de nuevo en relieve la tensión entre dos visiones liberales radicalmente distintas que se mantienen (con sus respectivos ciclos de auge y caída) hasta el presente.

*Hamilton's and Jefferson's contrasting views on the shape of the new American republic —its government, society, and economy— sparked a bitter rivalry. Furthermore, the ideas and issues that divided those two Founders have persisted from generation to generation in American politics... (Ferling, 2013, pág. 4)*

Mientras Jefferson defendía la propiedad de la tierra a ultranza, Hamilton propugnaba un capitalismo industrial impulsado por un Estado fuerte. De nuevo están presentes las visiones del Estado como amenaza (liberalismo liberal) y del Estado como medio (liberalismo estatista).

Historiadores como Arthur Schlesinger sostienen que, desde sus orígenes, Estados Unidos ha tenido «ciclos» donde el péndulo (Schlesinger, 1999, págs. 23-24)<sup>3</sup> de su historia (con continuidades y rupturas) se ha movido del conservadurismo al reformismo, del centralismo al federalismo, del estatismo al liberalismo.

Así las cosas, en cuanto al libre comercio, mientras Hamilton creía que la acumulación privada debía estar guiada por un propósito público, como lo plasmó en los *Federalist Papers* y principalmente en su obra de 1810 *Informe sobre las manufacturas* –que terminaría sentando las bases del capitalismo industrial estadounidense–; Jefferson desconfiaba del poder de un gobierno central y en cambio defendía el interés privado por encima del público, por eso fue el enemigo más acérrimo del gobierno federal.

Recordemos que esta época temprana de la república estadounidense fue una transición donde la acción pública del Estado fuerte dentro del modo mercantilista fue necesaria para el surgimiento del capitalismo industrial; mientras que el interés privado estaba asociado principalmente con el modo agrario. Esta tensión es la que finalmente llevaría a la Guerra Civil, casi un siglo después. Esta polarización entre estas dos visiones del libre comercio han sido una preocupación constante en la historia norteamericana.

## La concepción hayekiana del liberalismo como antirracionalismo y la confusión desde entonces

En una conferencia de 1945 llamada *Individualismo: el verdadero y el falso* (Hayek, 1945), Hayek expone la diferencia entre dos tradiciones del pensamiento individualista, a modo de aclaración del concepto: una de naturaleza gradualista y conservadora, y otra constructivista y revolucionaria. Para Hayek, la versión más acabada del individualismo (la verdadera) se halla en el pensa-

---

<sup>3</sup> Esta tesis del «péndulo» en la historia estadounidense, realmente es de Henry Adams quien la acuñó a principios del siglo XX, quien sostuvo que los «ciclos» de la historia norteamericana ocurrían cada 12 años desde la Declaración de Independencia.

miento de Alexis de Tocqueville<sup>4</sup> y Lord Acton. Y, por su parte, el individualismo «falso», es aquel representado principalmente: «por pensadores franceses y europeos, un hecho que se debe –a mi entender– al papel predominante que tiene el racionalismo cartesiano en su composición» (Hayek, 1945, p. 4), por «pensadores franceses y europeos», Hayek se refiere a la Europa continental, separada intelectualmente de la insular-anglosajona. En ese sentido, sostiene Hayek que el falso individualismo racionalista: «tiende siempre a un desarrollo opuesto al señalado, específicamente, hacia el socialismo o colectivismo» (Hayek, 1945, p. 5).

En su obra de 1959 *Los fundamentos de la libertad* (Hayek, 1998), el interés de Hayek ya no es tanto de aclaración del concepto o de hallar definiciones absolutas y definitivas, sino de vincular estas dos tradiciones políticas (la gradualista y la revolucionaria), dentro del ordenamiento jurídico del mundo occidental, y que señala como tradiciones opuestas: el *common law* anglosajón y el *civil law* continental. Así las cosas, en el primer capítulo de la obra, Hayek distingue de una forma bastante pedagógica los dos tipos de libertad: la libertad «de» y la libertad «para», es decir, él distingue entre la libertad individual o la libertad que limita la coacción de terceros (que para él es la libertad liberal y la única forma de libertad posible), de una libertad entendida como «poder», usualmente utilizada para infringir la primera. El segundo capítulo de *Los fundamentos...* es interesante porque Hayek expone sin complejos su crítica hacia el racionalismo cartesiano y cómo ese ánimo de subordinar todo a la razón (lo cual es un rasgo unívoco de la Modernidad), ese afán de controlar y predecir fenómenos; es una coacción en la vida social y una limitación a la libertad y, por ende, derivará siempre en formas de autoritarismo (Hayek, 1998).

Incluso, en medio de esta defensa a ultranza del «verdadero liberalismo» como una tradición «antirracionalista», Hayek se termina viendo obligado a hacer una aclaración de *por qué no es conservador* a modo de epílogo, ya que de alguna forma de su antirracionalismo acérrimo puede desprenderse, lógicamente, una

---

<sup>4</sup> Para Hayek, Tocqueville es una excepción dentro de la tradición francesa, a la que tilda de racionalista por las contribuciones de los enciclopedistas, Rousseau y los fisiócratas.

suerte de «escepticismo» hacia la Modernidad Ilustrada, un rasgo característico del pensamiento conservador.<sup>5 6</sup>

Cabe decir que, en su última obra de 1988, *La fatal arrogancia*, Hayek parece haber superado su antirracionalismo y su empeño en separarlo de la tradición del pensamiento liberal y comienza a matizar su tesis anterior con la postulación de una nueva división entre dos tipos de racionalismos: el racionalismo crítico (el liberal) y el racionalismo constructivista (el socialista).

Sin embargo, como sostendremos de seguidas, la división hayekiana entre una suerte de liberalismo verdadero y uno falso, además de su idealización del mundo anglosajón; ha dado paso a una simplificación —que se sigue repitiendo y replicando hoy en día— de que las ideas que han prevalecido en Inglaterra y Estados Unidos, a diferencia de la Europa continental, han sido más propensas a limitar la acción del Estado, cuando (la verdad sea dicha) el «germen» del racionalismo se halla también en el liberalismo (en tanto producto de la Modernidad ilustrada); solo que el liberalismo no lleva ese racionalismo constructivista hasta sus últimas consecuencias de crear una sociedad a su medida.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Es por ello por lo que se define a sí mismo como un «old whig», apelando a la oposición entre *whigs* (liberales) y *tories* (conservadores), en la Inglaterra del siglo XVII y XVIII, del cual eran parte muchos de los pensadores que él admiraba como Locke, Smith, Hume, Ferguson, Burke.

<sup>6</sup> A diferencia de la distinción (un tanto arbitraria) de Hayek; el también economista austriaco, Ludwig von Mises, en su libro de 1927, *Liberalismo*, pareciera más consciente de las raíces racionalistas (aunque al tanto de los límites de la razón) del liberalismo en tanto fruto de la Modernidad Ilustrada:

«El liberalismo no sostiene que los hombres actúen siempre racionalmente, sino simplemente que deberían siempre hacerlo en su propio interés bien entendido. Y la esencia del liberalismo consiste cabalmente en llevar el elemento de la razón también a la política, dándole la importancia que nadie le discute en todos los demás campos de la acción humana» (von Mises, Ludwig. *Liberalismo*. Madrid. Alianza Editorial. 2007. pp. 30-32).

<sup>7</sup> En este punto es importante mencionar las reflexiones que hizo Karl Popper sobre el historicismo y el marxismo como la teoría y práctica que lleva ese ánimo racionalista, de control y predicción de la realidad, hasta sus últimas consecuencias (Popper, Karl. *La miseria del historicismo*. Madrid. Alianza Editorial. 2006).

## ¿Fue Keynes un liberal? (Raico, 2008)

En el mundo de la historia del pensamiento económico, es ampliamente conocida la querrela intelectual entre Friedrich A. Hayek y John Maynard Keynes. Para muchos de los llamados «liberales clásicos» (o «liberales verdaderos» de acuerdo a nuestra exposición), e incluso en círculos libertarios y de economistas austríacos, Keynes es tildado de «socialista». No obstante, creemos que Keynes era un liberal estatista, es decir, de la corriente liberal que ve al Estado como un medio de realización de ciertas libertades individuales y del proyecto de la Modernidad. En ese sentido, de acuerdo al historiador Tony Judt el trabajo de Keynes se centró en el problema de la incertidumbre:

... en contraste con las confiadas panaceas de los economistas clásicos y neoclásicos, a partir de entonces insistiría en la naturaleza impredecible de los asuntos humanos. Desde luego, se podían extraer muchas lecciones de la Depresión económica, la represión fascista y las guerras de exterminio. Peor más que nada, le parecía a Keynes, era la recién descubierta inseguridad en la que se veían obligados a vivir hombres y mujeres –la incertidumbre elevada a paroxismos de miedo colectivo– **lo que había corroído la confianza y las instituciones del liberalismo** [negritas nuestras] (Judt, 2010, pág. 30)

Es decir, que el intervencionismo estatal en la teoría general de Keynes fue el medio –bastante pragmático– para «volver a poner en pie la democracia» (Judt, 2010, pág. 31).

*when great decisions are to be made, the State is a sovereign body of which the purpose is to promote the greatest good of the whole. When, therefore, we enter the realm of State action, everything is to be considered and weighed on its merits (Keynes, 1971, pp. 56-57)<sup>8</sup>*

De manera que, en Keynes, el Estado interventor y planificador no tiene un sentido revolucionario de subvertir las relaciones sociales de producción ni de abolir la propiedad privada ni de inaugurar un socialismo, por algo Keynes perteneció al Partido Liberal inglés y se definía a sí mismo como un conservador (Judt, 2010, pág. 31). Keynes fue un conservador en el sentido de que, para él, se pueden cambiar las cosas para «conservar» lo que se

---

<sup>8</sup> Citado también por Raico (2008, pág. 170).



tiene. Y como muchos de sus contemporáneos, que vivieron los nacionalismos, las dos guerras mundiales, los totalitarismos y el derrumbe del viejo orden liberal del siglo XIX, Keynes buscaba una forma de «conservar» ese *mundo de ayer*, ese mundo de certezas, optimista con el porvenir, que se creía en su plenitud (en palabras del escritor austríaco Stefan Zweig) y que se había perdido desde 1918. Se trataba entonces de salvar el Estado liberal por encima de los movimientos totalitarios (fascismo y comunismo) que apostaban a su destrucción. No deja de ser paradójico que el proyecto liberal occidental terminara siendo «salvado» por los propios métodos de sus enemigos socialistas.

Además, la teoría general de Keynes tenía sus raíces en una interpretación científica de la economía, que su maestro Alfred Marshall promovió, y que en la segunda mitad del siglo XIX revestiría a esta disciplina (que solía formar parte de la filosofía moral), de un carácter científico y matemático –incluso podría llamarse racionalista– que conserva hasta el día de hoy.

## Deenen y Pinker: conclusiones para la aproximación a una tensión contemporánea

Ambas tradiciones del pensamiento político sobre la concepción del Estado en la sociedad han estado presentes y conviven en el mundo anglosajón, cuyo devenir no ha sido uniforme, sino más bien se trata de una dialéctica que por momentos alcanza consensos, mientras que en otros momentos se polariza.

De hecho, en la reciente obra del académico conservador Patrick Deenen *Why liberalism failed?* (Deenen, 2018), el autor reconoce las profundas raíces racionalistas del liberalismo y las tensiones a las que conlleva sobre todo en campo de la política, educación y de la ciencia:

...liberalism was the first political architecture that proposed transforming all aspects of human life to conform to a preconceived political plan. We live in a society and increasingly in a world that has been remade in the image of an ideology —the first nation founded by the explicit embrace of liberal philosophy, whose citizenry is shaped almost entirely by its commitments and vision (...) But unlike the visibly authoritarian regimes that arose in dedication to advancing the ideologies of fascism and communism, liberalism is les visibly

ideological and only surreptitiously remakes the world in its image...  
(Deneen, 2018, pág. 12)

Además, Deenen reconoce que proyecto de la Modernidad consiste básicamente en «liberarnos» de la tiranía de la naturaleza, en ese sentido, toda la Modernidad es un proyecto racional (con una pretensión constructivista de suyo), siendo el liberalismo su primer vástago. Para Deenen, el liberalismo entra en contradicción al defender la libertad individual de la arbitrariedad del Estado, pero al mismo tiempo el liberalismo propone al Estado, como principal impulsor del proyecto de la Modernidad: un Estado que nos «libera», nos proporciona luces, y destruye las cadenas de la ignorancia y del oscurantismo, orientándonos hacia el «progreso» (Deneen, 2018, págs. 42-45). Para Deenen, en el mundo actual, el liberalismo es igual, y simultáneamente, individualista y estatista. Por lo tanto, el pensamiento de Deenen —hoy visto como conservador— se inscribe más bien en la tradición del «liberalismo liberal» (lockeano y jeffersoniano), que ve al Estado como una amenaza contra las libertades individuales que debe ser limitada.

Por su parte, Steve Pinker, en su más reciente obra *Enlightenment now: the case for reason, science, humanism and progress* (2018), elabora una defensa contundente del «proyecto de la Modernidad Ilustrada», y aduce que el malestar que genera el proyecto de la Modernidad no es nuevo y que halla sus raíces en el Romanticismo del siglo XIX (como una reacción estética), pero que también han sido movimientos «antiilustración», la fe religiosa y el nacionalismo (una suerte de reacción conservadora al progreso): «*Religion and nationalism are signature causes of political conservatism, and continue to affect the fate of billions of people in the countries under their influence...*» (Pinker, 2018, pág. 45).

Es por ello, que Pinker es un apologista convencido del «progreso» y de los alcances del proyecto de la Modernidad ilustrada: «*It's the idea of progress that rankles the chattering class- the Enlightenment belief that by understanding the world we can improve the human condition*» (Pinker, 2018, pág. 51).

Se inscribe Pinker entonces hoy en la corriente «liberal progresista», que no es más que una reedición de la tradición del «liberalismo estatista», que tiene una excesiva confianza en la razón y que ve al Estado como un medio para implementar el proyecto de la Modernidad Ilustrada.

¿Son falsos liberales o peor aún, socialistas quienes defienden que el Estado es el instrumento por excelencia para concretar el proyecto de la Modernidad y quienes proponen que la realidad es cognoscible y que la razón es la facultad que nos permite progresar y mejorar la condición humana? Es una pregunta que después de toda esta exposición aún no nos atrevemos a responder. Pero sí esperamos haber dejado claro que ni siquiera dentro de la misma tradición liberal anglosajona se está completamente libre de la intención racionalista y constructivista de la Modernidad de dominar la naturaleza y de hacer un mundo a la medida a través de la razón y que esa dialéctica ha sido parte del péndulo de su tradición intelectual y política.

Estatismo y liberalismo, racionalismo y escepticismo, conservadurismo y progresismo; han sido ingredientes que se han intercambiado indiferentemente a lo largo de la historia de las ideas políticas, de acuerdo con el espíritu de los tiempos. No existe una realidad lineal ni constante a la que se pueda apelar para comprender el mundo de las mentalidades, ni mucho menos el pensamiento se halla en compartimientos estancos que podamos diseccionar y clasificar como «verdaderos» o «falsos», como «buenos» o «malos».

Las simplificaciones son útiles en términos pedagógicos, pero un análisis más profundo de la historia de las ideas políticas revelará que ni el pensamiento ni las mentalidades han sido homogéneas a lo largo de la historia y que mientras más se quiera encontrar purismos o esencialismos en las ideas, más se despojan estas de sentido y de contexto, y más se divorcian de la realidad concreta.

## Referencias

- Mellizo, C. (2007). «Estudio preliminar» *John Locke: La ley de la naturaleza*. Editorial Tecnos.
- Mellizo, C. (2007). «Estudio preliminar». En J. Locke, *La ley de la naturaleza* (págs. 23-26). Editorial Tecnos.
- Locke, J. (1980). *Second Treatise of Government*. Hackett Publishing Company.
- Hobbes, T. (s.f.). Chapter XX: Of Dominion Paternall And Despotically. Sovereign Power In All Commonwealths To Be Absolute. En T. Hobbes, *Leviathan* (pág. 100). Amazon Books.

- Rothbard, M. (2006). *An Austrian perspective of the history of economic thought Vol I*. Mises Institute.
- Ferling, J. (2013). *Jefferson and Hamilton: The rivalry that forged a nation*. Bloomsbury Press.
- Schlesinger, A. (1999). *The cycles of American History*. Mariner Books.
- Hayek, F. (1945). Individualismo: el verdadero y el falso. *Finlay lecture at University College, Berlin*. Berlin.
- Hayek, F. (1998). *Los fundamentos de la libertad*. Unión Editorial.
- Raico, R. (2008). Was Keynes a liberal? *The Independent Review*, Vol. 13, N.º 2, 165-188.
- Judt, T. (2010). *Algo va mal*.
- Keynes, J. (1971). A Tract on Monetary Reform. In J. Keynes, *The Collected Writings*, Vol. 4 (pp. 56-57). Macmillan, Cambridge University Press.
- Deneen, P. (2018). *Why liberalism failed?* Yale University Press.
- Pinker, S. (2018). *Enlightenment now*. Viking-Penguin Random House.